Salvación Pública y Democracia

«Quis metus aut hos, aut arma
sequi, ferrumque lacerare suasil...?»
(Qué delirio es el que lleva a
unos y a otros a destrozarse con
hiero?)
Virg. Aeneida. Liber X

Palabras de serena condenación merecen los autores de la más triste y criminal subversión que ensangrienta los anales políticos de España. Esta triste experiencia, brinda a la par una enseñanza fecunda; la incapacidad de ciertos sectores para vivir la democracia, triunfo el más alto del ideal político, frente a todas las desviaciones de las demás formas de Gobierno. Urge, pues, reformar este concepto político, aunque se corrompa un tanto la pureza del mismo en el área del derecho público; si no pueden vivir la democracia, tendrán que respetarla con implacables dictados de orden público interno. Un tratadista francés contemporáneo, Lucien Rollier, ha dividido los regímenes políticos en dos grandes categorías orgánicas de normalidad y de fuerza; régimen consentido y régimen impuesto. Ha fracasado el primero; ellos han destrozado con inhumana premeditación execrable mancomunada étnica y de sangre encendido la más criminal contienda desatada entre hermanos. Son los pretendidos corifeos de la salvación de España; los que para conservar su privilegio y su franquicia, llevan como lábarum de lucha, la desolación y el luto; los que para formar una España grande, exhuman esas enseñanzas bárbaramente odiosas de la Gran Guerra, de bombardear hospitales de sangre; los que tratan de despertar el odio tradicional, latente por siglos y siglos de los clanes rifeños, para volcarlos sobre España en cruzada espiritual de pacificación y reconquista pública. Se ha acabado pues la democracia; urge la conveniencia de meditar sobre la procedencia de corromper esta fórmula pura de Gobierno, con medidas coercitivas y externas de régimen impuesto. Ellos no pueden vivir la democracia, que ostenta, como fundamento jurídico de su propia ordenación inmanente el más amplio respeto, la más amplia libertad de pensamiento y de acción, la más libre determinación de soberanía para la participación a la labor pública, en comunidad fiel al derecho. Ellos son la tradición de sangre y el detritus teocrático, que destruyen el suelo patrio —«santidad de tierra y muertos», definió Barres—, para levantar sobre sus ruinas, sangre y crespones de duelos, la autocracia y la tiranía, frente a la democracia y la libertad, nobilísima conquista de los pueblos cultos.

Hay que desvirtuar pues, la esencia de la democracia, ya que no merecen vivirla; la fórmula es inservible y exige una revisión urgente. No se les puede ofrecer nuevamente la normalidad, ni el libre juego derivado de la legalidad, de la tolerancia ni de la libertad conjugadas, para que puedan herir otra vez en el costado de la República. Es ya de necesidad imperiosa corromper definitivamente la pureza política de la democracia inorgánica, dando entrada a la coerción y a la fuerza. Ni titubeos ni flaquezas. «La vida de los pueblo—observó Montesquieu—exige a veces como ineluctable medida de salvación pública, echar un velo a la estatua de la Libertad, a la manera que los antiguos cubrían con un velo las estatuas de sus dioses.»

Hasta conseguir que un régimen se respete, ese es el único camino seguido en momentos de excepción y de peligro en la Historia política. Hay una corriente doctrinaria en el derecho público contemporáneo que insiste en afirmar la bancarrota de las democracias. Más exacto sería afirmar, que lo que está en quiebra en el principio democrático, no es otra cosa que la tolerancia y la libertad que ofrece a sus enemigos, libertad y tolerancia que constituyen juntamente la bondad jurídica del régimen, pero el peligro de la institución.

No han tenido otros caminos de legalidad que la violencia criminal y el diálogo del hierro. «Hay que salvar el patrimonio cultural de Occidente», grita desde Salamanca, pretendiendo justificar y euhonstar la rebelión, la repugnancia senil de un profesor conceptista, volatinero de la filosofía y del retruécano. Y para salvar la herencia decadente de la cultura occidental, que el propio Spengler declara muerta, no han tenido más medios que los de ensangrentar España, encender el odio y el rencor entre los corazones españoles, sembrar la destrucción y la ruina, inundar de angustia los hogares, destrozando la economía, y hundir nuestro prestigio ante el Mundo.

No; no ha sido ningún nobilísimo afán de reconquista de valores espirituales el que ha movido a los autores de la tristísima rebelión que vivimos. Eso no es más que una despreciable adulación genéfica, de ese comerciante púnico de la paradoja retorcida y de la antítesis forzada. Hoy sabe todo el mundo, que el móvil de la rebelión obedece a la megalomanía de mando, a la insurgencia históricamente contumaz de nuestras instituciones castrenses, y al odio plutócrata, duro de corazón y horro de caridad evangélica, aliados para ahogar el ansia de liberación de los que sufren, de los que luchan y de los que trabajan.

Palabras de serena condenación para los que ciegamente han hecho peligerantes a pechos y corazones hermanos. El grito popular es unánime: ¡No pasarán! El pueblo, que ha visto vinculadas sus libertades en la República, ha reaccionado con auténtica emoción civil, escribiendo con aliento de epopeya páginas de abnegación y de heroísmo anónimo, que piden ya recuerdo para la leyenda y endecasílabo heroico para la gesta. ¡No pasarán! La República es incoscible, y el pueblo está dispuesto a morir, en defensa de un poco de comprensión, de justicia, de pan y de trabajo. Ya están al descubierto, y no pueden engañar a nadie. ¡Ellos son la anti-España, la incompreensión cerril que ha desencadenado el exterminio y la guerra y que ha vuelto a repetir el tremendo ¡Vae victis!, de Breno. ¡Ellos son la anti-España, la desolación, la orfandad y la muerte y la República por el contrario, representa el símbolo de la libertad salvadora, a quien incumbe la misión, una vez restañadas sus heridas, de establecer la paz, asentar la ley y definir el derecho.

Luis S. VIÑAS

Ciudad Real, Agosto 1936.

(De «El Pueblo Manchego»)

EL MILIGIANO JOVEN

España y alma: tu cuerpo.
Pendiente de tu mirada
la agonía de tu pueblo.

Ojos de dolor cansado
con un ayer de misterio.
Un gesto duro enclavado
y un corazón aferrado
en tu figura de hierro.

Rojos y azules colores
recortan tu adolescencia.
Tu perfil, desdibujado
sobre el silencio callado
de un dulce mar sin estrellas.

Sangre roja que te empuja
de dentro a fuera tu alma;
un goce amargo en los dientes
y un seco acento en los labios.
Un sol fuerte de llanura
caldeando tu bravura
de par en par en tus brazos.

La frente, cristal bruñido,
patena de un ideal;
surcos de atención presente,
nostalgia de un más allá.

Tu espíritu, arrodillado
junto al madero sagrado
de tu cuerpo sin temor,
llama a tu pecho ferviente
con dulce modulación:
Sea tu cetro justicia,
y tu evangelio, perdón.

Oh miliciano valiente
que llevas en tu mirada
una nostalgia callada
y el ansia de un ideal,
que se enciendan tus pupilas
en llamaradas divinas
y alumbren LA LIBERTAD.

Sánchez-Andújar

Ciudad Real, 1936.

Instituto Nacional de Segunda Enseñanza

Bernardo de Balbuena

La Asociación de Estudiantes del Bachiller de Valdepeñas dentro de la F. U. E., pone en conocimiento de los alumnos de este Instituto, que por decreto aparecido en la «Gaceta» fecha 2 del actual, quedan suspendidos los exámenes reglamentarios de Septiembre.

Salud y República.

Por la Asociación
El Secretario,

Pedro Fernández S.-Carrasco

Contribuciones

El Recaudador de la Hacienda Pública de esta Zona.

HACE SABER: Que el próximo día 10 del corriente expira el plazo de la cobranza voluntaria de las contribuciones e impuestos del Estado, correspondiente al tercer trimestre de este año, por lo que ruega a los contribuyentes hagan sus pagos con regularidad y no esperen todos al último día, en evitación de las molestias que por aglomeración de público se producen.

Valdepeñas 4 de Septiembre de 1936.

El Recaudador,
C. del Muro

España, antorcha de la Libertad

No luchamos contra un enemigo interior, más o menos potente, cuya fortaleza ha sido robada a los precarios medios defensivos de la nación española, en un acto de traición que la Historia juzgará adecuadamente en su día: luchamos, y hasta ahora con ventaja, contra el espíritu dictatorial del mundo entero, confabulado en contra nuestra en una triste maniobra, en la cual no sabemos si son más repugnantes los ayudados que los ayudantes: el débil fascismo indígena, o el fascismo exótico que, después de suscribir pactos de neutralidad absoluta en plano internacional, no tiene inconveniente en ayudar material y personalmente a la causa facciosa, con el envío de pertrechos de guerra y pilotos.

Lo podemos decir a la faz del mundo que todavía ingenuamente fió en la lealtad de las resoluciones de las conciencias fascistas de Europa. Todos los días cazamos aviones enemigos de fabricación extranjera, pilotados por aviadores no españoles, al servicio de la sedición. No se trata de un hecho aislado, que pueda justificarse con el recorrido expediente y pretexto del contrabando de guerra; se trata de hechos repetidos, comprobados en todos los frentes de combate que la España democrática sostiene contra la traición, la deslealtad y el deshonor.

Por mucha prudencia que queramos imponer a los puntos de la pluma, la justa indignación que la repetición de estos hechos produce, salta sobre la albuza de las cuartillas en frases de ardiente protesta... ¿Pretende acaso el fascismo europeo convertir España en una nueva Etiopía donde satisfacer sus ansias de imperialismo?... Creemos que sí, pero creemos también que la Europa democrática no consentirá este nuevo atentado, ya que no por otra cosa por el mínimo espíritu de conservación que puede quedarle después del desastroso resultado del espíritu de no intervención que ha presidido la campaña fascista en Etiopía.

Esperamos que no. Una nación cargada de Historia como la española, puede y debe merecer de los países democráticos de Europa más interés que el traducido en ese acuerdo internacional, modelo de hipocresía diplomática, en virtud del cual un Gobierno legítimo de un país puede y debe merecer por parte de naciones amigas el mismo trato que los filibusteros que atentan, no solamente contra las leyes libremente aceptadas de ese país, sino contra el espíritu libre del mundo entero, empeñado en estos días en una guerra, sorda u ostensible, contra el fascio de todo el mundo.

La repetición de los hechos que comentamos y denunciarnos, tenemos la seguridad de que provocará en todos los países un movimiento de opinión favorable a la decisión de una activa intervención de ayuda hacia estos luchadores de España, que están improvisando un glorioso ejército frente al pretorianismo español, armado de cuantos elementos ha podido dotarles el esfuerzo ininterrumpido de una nación celosa de su independencia.

Hubiéramos de luchar sólo contra eso y España no necesitaría ayudas extrañas, ni tratos de favor por parte de otras naciones políticamente simpatizantes con nuestra lucha, pero además, de una manera descarada estamos luchando contra un enemigo que con dolo y traición de solemnes acuerdos interacionales está recibiendo ayuda y protección extraña...

Deseamos en bien de todos no vernos precisados a repetir una vez más, y a preguntarnoslo con trágico acento, si el pecado de la Democracia, su vicio original, no será como siempre la Ingenuidad...

LA FLECHA EN EL BLANCO

De Dick Turpin a Flores Arocha

Si uno fuera un ensayista de aquellos que por el año 27 mareaban a todo el mundo con el complejo de Edipo y las interpretaciones oníricas del psicoanálisis, explicaría ahora con sabihonda teoría el porqué le gustan otra vez las novelas policíacas. Yo no calo tan hondo, pero es evidente la tendencia morbosa de mucha gente a interesarse por el melodrama del folletín y a hacer la apalagética del bandido. Siempre me ha parecido que esta afición a los héroes del hampa se debe a reminiscencias de lecturas que hicieron las delicias de nuestra juventud, y aquel Dick Turpin, trotador de caminos de Inglaterra, o el Raffles que operaba en la City, fueron juguetes de la niñez, que no los desecharon porque sufrían la derrota de los detectives, sino porque otros personajes de los suburbios, creados por un Gastón Leroux o un Edgar Wallace, se atemperaban más a las exigencias del desenvolvimiento de nuestra imaginación.

Toda agitación que se produce en torno a un suceso misterioso, a un crimen pasional o a una «affaire» política está gestada en el subconsciente colectivo por una serie de novelas policíacas.

Es lástima que por pedantería literaria abandonemos este magnífico género, que nos deleita, y de manera furtiva degeneremos en la crónica de los sucesos. Yo recuerdo que antes del advenimiento de la República tuve la manía de abandonar las enmarañadas aventuras de la literatura policíaca para dedicarme a leer la crónica de Tribunales que hacía un periodista anónimo, que creo recordar se firmaba Salazar Alonso.

En España, donde tenemos una tradición policíaca rural y de carretera, con asaltos de diligencias y trabuco andaluz, no reaccionamos ante un gran suceso, como la «affaire» del straperlo u otros escándalos análogos, con sentido nacional autóctono, sino que queremos buscar las fuentes literarias en las importaciones extranjeras de un Stavisky, con automóvil Rolls y pitillos Abdulla, de grandes Palaces.

Sería más nuestro ir a buscar el tronque folklorico en un Candelas o en los romances de Flores Arocha, a pesar de que nuestros «afancesados» de la política del siglo XX la hayan salpicado con los relojes de Suiza y las ruletas de Montecarlo.

SAGITARIO

(De «A B C».)